



rengenillas, cuyas propiedades son narcóticas, como la belladona, la mostaza, el nardo, que intervenía en la confección de los unguentos; *herba fullonum*, sal sosa, vulgo plantas farfelleras; el lino, el cambrón, abrojo, zarza, ortigas, espino, el junco, la caña, la yedra, la vid, las uvas y *sanguis uva*.

Los principales árboles y arbustos de que se habla en la Biblia, son: el manzano, el granado, la palma, la higuera, el sicómoro, muy conocido en el Egipto y en la Palestina por la permanencia de su madera y cierto receptáculo fructuoso, por lo cual, no es como cree Glai-re nuestro *arce blanco*, sino verdaderamente el sicómoro, afín con el moral por el fruto no por las ramas, aunque proceden de una misma familia (1); el peral, el nogal (2), el olivo, muy conocido de los hebreos, pues son muchas las indicaciones que se hacen en los sagrados libros, no sólo del fruto sino que del aceite; el almendro, el mirto ó arrayán, el enebro, en hebreo *ratamat*, por lo cual bien pudiera ser nuestra *retama*. En la Vulgata se dice *juniperus*; la palabra *retama*, igual en árabe también, parece indicar la analogía con la hebreo, es símbolo de la pobreza, porque comían los pobres sus frutos y raíces. La encina, símbolo de la fortaleza; el terebinto, el pino, el ciprés, el apeto, el cedro, el álamo perla, el aloe, la acacia (3), el lentisco, el sauce, el cinamomo, que comprende muchas especies y es muy celebrado por sus agradables olores; *hedera* ó la *palma cristi*, el plátano y otros bastante desconocidos.

Segun aparece en la Biblia, los hebreos no estaban muy atrasados en el cultivo de los árboles, principalmente en el de la vid: la viña estaba cercada con una palizada ó vallado y guarnecida con una torre; en la misma viña se hallaba el lagar y otros accesorios, que indicaban algun adelanto en este cultivo. Estaba prohibido por la ley coger el fruto de los cuatro primeros años de la vid, y los frutos del año quinto les cedían á Dios como primicias, de lo cual resultaba mejor poda en los primeros años y mayor vigor para los siguientes. Aunque se cercaban las viñas con un vallado ó seto y fortificaban con torres, esto se hacia solamente para resguardarlas de las fieras y de que fuesen destruidas por los enemigos; á nadie se le prohibía coger las uvas que pudiera comer en el camino, así como arrancar espigas con tal que no las trasportase en alguna vasija. Del mosto hacían *mel uvarum*, arrope, llamado con el mismo nombre que la miel de abejas, *mel apum*, ya estuviere naturalmente acumulada por las abejas en las piedras y troncos de los árboles, ó ya procediese de colmenas preparadas con arcilla y paja que la industria buscaba.

Por eso se dice muchas veces que la Palestina manaba leche y miel, con cuya locucion figurada se designa la abundancia de estos productos. El *balsamo*, recogido de los árboles y principalmente de los arbustos, el *aceite* y la

(1) Amos, VII, 4.
(2) Cant., VI, 10.
(3) Is., XLI, 19.

miel, la *semilla* y la *resina*, eran las principales mercaderías adquiridas por la agricultura y que los hebreos vendían á los tirios (1). No consta que tuviesen huertos destinados únicamente al cultivo de las flores para recreo, sino por las descripciones del *Cantar de los Cantares* y por la costumbre de los orientales: no parece, sin embargo, comprobado; pero sí es cierto que en sus huertos cultivaban árboles odoríferos y balsámicos, regados por arroyos perennes: tenían además huertos, no jardines, muy estimados por sus delicados frutos y por su grata sombra.

Finalmente, como no eran muchas la especies de peces prohibidas por la ley á los hebreos, y había muchos con escamas en el Jordán y en el lago de Genesareth, también se dedicaron los hebreos á la industria de la pesca, lo cual es conocidísimo por los Evangelios. Pescaban, pues, en los lugares dichos y también en el Mediterráneo, con anzuelo, arpon (*jaculo ferreo*) y con redés; vendíanse los peces en Jerusalem en sitios destinados á este objeto, de donde procede el nombre *porta piscium*, por la plaza ó mercado de los peces (2); los pescadores eran gente activa é ingeniosa (3) (Renan dice lo contrario, sin que sepamos en qué funda su perspicacia é intuición), y en la Biblia se emplean como símbolo de los enemigos (4).

EL ARTE ENTRE LOS HEBREOS.

Ya hemos indicado antes algunas ideas acerca del grado de perfección que adquirirían los conocimientos humanos antes del diluvio; seguramente fueron admirables y casi increíbles, principalmente si no se admite que nuestros primeros padres recibieron inmediatamente de Dios los fundamentos de estos conocimientos, sobre todo, de los que conciernen á la vida religiosa, social y todo lo necesario á la vida animal. Negar esto se opone en primer lugar al sagrado texto, en el que más de una vez se ensalza la sabiduría de Adán; en segundo á la bondad de Dios, porque es increíble que dejase á los primeros padres como huérfanos en medio de la naturaleza y destituidos de todos los medios necesarios para vivir y establecer el género humano; además demuestran evidentemente esto mismo la fundación de ciudades, la elaboración de metales, la invención y uso de instrumentos músicos, la construcción de *arcas para navegar*, el lenguaje, y finalmente, las nociones religiosas, de las cuales se habla en el libro del Génesis; por último, las nociones antiquísimas de las artes y ciencias que se encuentran en pueblos remotísimos desde su primera aparición en la historia, y ciertamente con una unidad admirable, acerca de las cosas religiosas é históricas, y con una maravillosa perfección acerca de la astronomía y el arte de edificar; todas estas cosas

(1) Ezeq., XXVII, 17.
(2) Neh., III, 3.
(3) Luc., V, 1, 11; Mat., IV, 12.
(4) Is., XIX, 8; Hab., 1, 15.



convencen absolutamente de que el género humano fué educado por Dios, sobre todo en las principales nociones, elevadas á mayor perfección con la experiencia y el estudio. De aquí el que los hombres postdiluvianos, desde Noé y sus hijos, instruidos en la ciencia antigua y en las artes, pudieran fácilmente fundar imperios, construir ciudades y monumentos, trabajar en la industria, en la agricultura y en las artes útiles, poseer fórmulas aptísimas para medir los tiempos, cuyas fórmulas excitan la admiración de los astrónomos (1); todas estas cosas, digo, las tuvieron fácilmente los sucesores de Noé, los cuales parte de ellas cultivaron, parte olvidaron y parte adulteraron con disformes errores y supersticiones. No hay ninguna razón para que rechacemos la narración mosaica de la época del diluvio y la historia posterior de los hombres por la remotísima perfección de las artes y de las ciencias; todo lo cual puede ser una dificultad solamente para los que creen que los hombres subsistieron primeramente como animales brutos, no sólo comiendo yerbas y frutas, sino vagando por las selvas.

Todas estas cosas, que fueron comunes á todos los hombres después del diluvio, son aplicables á Abraham y sus descendientes, los que también pudieron tomar muchas de ellas, primero de los caldeos y después de los egipcios, á no ser que se crea que ellos mismos enseñaron al Egipto, más bien que fuesen enseñados por los egipcios, lo que puede sostenerse quizá por la historia de José, en donde consta que ya hicieron en el desierto, no sólo sus tiendas, sino que también el tabernáculo de Dios, el arca, el propiciatorio, el becerro de oro, la serpiente de cobre y otras cosas á este tenor; que fabricaron tejidos, curtidos y mármoles; que supieron leer, escribir, cultivar los campos y otras muchas cosas que supone la misma existencia del código mosaico, á no ser que se quiera suponer que Moisés dejó este libro completamente oculto para los hebreos; finalmente, también consta que los hebreos conocieron la química á su vuelta de Egipto, por la disolución del becerro de oro, que verosimilmente fué hecha con el *agua régia*, conocida probablemente en el Egipto y puesta en uso, entre los indios al menos.

Después en la Palestina cultivaron estas mismas artes, principalmente bajo la monarquía, como consta de la historia de Salomón, aunque hubiese hecho venir muchos y quizá importantes operarios de Fenicia; y también después del cautiverio de Babilonia, desde cuya época se dedicaron muchos al comercio, y la mayor parte ciertamente después de la destrucción de la república por los romanos. Sabido es que todos los hebreos hacía los tiempos de Cristo y aun después, debieron

(1) Apenas sabrían las matemáticas, y se cree ignorasen la trigonometría, que es absolutamente necesaria para cultivar científicamente la astronomía; cuando consta que la ignoraron los chinos, indios, caldeos y egipcios, los cuales habían conocido ciertos periodos de años, que apenas se avienen con el estado actual de las matemáticas.

aprender algun arte, aunque hubiesen recibido una educación literaria, como resulta del N. T., en el que aparecen entre otros principales hebreos, Josefo, Pablo, San José, Simón el curtidor, Pedro, Aquila, los hijos del Zebedeo, etc. Consta también que los hebreos cultivaron siempre otras artes que no son necesarias; de la prosperidad de los hebreos en tiempo de los reyes, de las riquezas y admirables obras de Salomón, del lujo público en las casas y en los vestidos, principalmente de las mujeres, tantas veces descrito y condenado por los profetas (1). Y estas artes fueron cultivadas por hombres especiales; pero las que eran necesarias para la vida todos casi las ejercían, principalmente en los años sabáticos, en los cuales se destinaba poco tiempo al cultivo y trabajo del campo. Se ejercitaban también en algunas artes domésticas para su uso y para vender, segun se indica en la descripción de la *mujer fuerte* (2); además parece que ciudades enteras se dedicaron no á la agricultura, sino á las artes (3), y así debe deducirse de las palabras *Valle de los artifices*, pues que *alli eran todos artistas*, descendientes de cierto Joab.

Después de habernos ocupado en general en las artes cultivadas por los hebreos, poco tenemos que decir respecto de las bellas artes ó del arte hebreo. La pintura y la escultura apenas fueron cultivadas por los hebreos (4), porque Moisés, considerando principalmente la condición y propensión de los suyos para caer en idolatría ó también por el mal ejemplo de los pueblos vecinos, *prohibió representar y adorar las imágenes de los hombres y de los animales* (5); pero las demás bellas artes fueron muy conocidas y practicadas con perfección. Ya hemos hablado bastante de la arquitectura, después nos ocuparemos en la poesía cuando tratemos de la cultura literaria de los hebreos.

La música y el baile floreció entre los hebreos, pero no sabemos nada concreto acerca de la forma de este baile, y casi muy poco de los instrumentos músicos. Si pudiéramos guiarnos para juzgar del baile de los hebreos por la actual costumbre de los orientales, y por la fuerza etimológica de las palabras que indican la acción de bailar, podríamos creer que el baile estaba dispuesto en forma circular, y todo el arte consistía en imitar los movimientos y gestos que hiciese el director del baile. Empero esto hoy se ejecuta en el Oriente solamente por los criados, esclavos y mujeres públicas; mas los hombres y mujeres honrados nunca bailan, aunque gusten de frecuentar los bailes públicos, que se hacen con bastante desenvoltura. Entre los antiguos hebreos el baile era majestuoso y se usaba en el culto religioso y para celebrar las glorias nacionales (6).

(1) Is., III, 16, 24.
(2) Prov., XXXI, 13, 31.
(3) Neh., XI, 35; Par., IV, 14.
(4) Algo se empleó en los ornamentos del tabernáculo y del templo, y en los edificios algunas figuras del reino vegetal, que son el carácter del arte hebreo.
(5) Deut., IV, 16.
(6) Ex., XV, 20; Jud., XI, 31; 1 Reg., XVIII, 6; Ps., CL, 4; Job., XXI, 11; Cant., VII, 1.



De estos mismos lugares y otros muchos consta como muy entendido el arte de cantar, no sólo con la boca, sino que con instrumentos músicos, toscos quizá y populares al principio, y después más elegantes y difíciles, que sin duda constituían una industria especial, hasta tanto que también se conocieron instrumentos extranjeros y el estilo músico, principalmente de los griegos, traídos por los frigios que recorrían de una parte á otra toda el Asia y Europa, de donde se encuentran en los mismos libros hebreos algunos nombres de estos instrumentos, casi como hoy se conservan en todo el mundo los vocablos músicos de los italianos.

Por lo demás, no se sabe con la misma certidumbre la forma que dieron los hebreos á los instrumentos músicos, y por lo tanto aquí anotaremos los nombres de aquellos cuya semejanza es verosímil, omitiendo las pruebas que pueden verse en Glaire, Jahn, Gesenio, etc. Los instrumentos músicos de cuerda son: el *salterio*, la *lira* (1), el *arpa de David*, que es un instrumento compuesto de diez cuerdas y de forma casi triangular; el *decacordo*, parecido ó igual al anterior; la *citara*; el *órgano*, compuesto de muchas flautas, llamado así porque produce el sonido por medio del aire; la *jaula*, la *gaita*, la *trompeta metálica y recta* (tuba), llamada así por el sonido agudo; el *adufe ó pandero*, *cymbala*, probablemente *platinos*, *cymbalis benesonantibus* (Ps. CL, 5), acaso las castañuelas, el *sistro*, instrumento metálico muy agradable en forma, de arco y con cuerdas metálicas movibles, que se tocaban con un simple movimiento. Los que se encuentran especialmente en Daniel y no con los mismos nombres en los demás sagrados libros, son: el *sambuca*, instrumento pulsátil parecido al arpa, la *simfonía ó gaita gallega*. Es á propósito transcribir aquí la versión del Salmo 150, que se da en la Biblia hebrea, traducido al español en el siglo XIV ó XIII, y que existe en la biblioteca de San Lorenzo del Escorial (2), cuya traducción está hecha por un autor anónimo, con gran perfección en verdad, y lo que es digno de notarse, conteniendo dos libros de los Macabeos: «Loado á Dios en su santidad—loado en el cielo de su fortaleza. E loado por sus barragánias—loado por su mucha grandeza. E loado con tañer de cuerno. E loado con gaita é laud, con pandero é cantar. E loado con cherambelas é salterio. E loado con huérganos que suenan. E loado con huérganos de tañer. E todas las ánimas loarán á Dios. Aleluya.» Por donde se ve que la opinión de este intérprete (indudablemente judío), no es la misma que la de los modernos filólogos acerca de la naturaleza de cada instrumento.

Es evidente que los hebreos observaron en los cantos ciertas cadencias ó armonías musicales, principalmente después de David, que ordenó todo esto y compuso muchos salmos en alabanza y gloria de Dios, para ser cantados por los sacerdotes y levitas; cuyos salmos con-

(1) Is., V, 12.
(2) Est., 119, 1, 3.

servan casi siempre el título ó tono con que ya debían cantarse, ó ya también atendiendo al coro de los cantores, al cual estaban destinados, como veremos en su lugar. Es también muy sabido que acostumbraban á celebrar con cánticos todos los sucesos prósperos de la nación, v. g., el paso del Mar Rojo, la victoria de Saúl y de David contra los filisteos, la del juez Jephthé contra los amonitas, etc.; por tanto, natural es inferir que se acostumbraba á cantar y celebrar con instrumentos y canzonetas, privadamente, los hechos particulares, lo cual se puede demostrar concluyentemente.

CULTURA LITERARIA DE LOS HEBREOS.

Nadie hay que dude que la escritura fué conocida desde los tiempos más remotos; pero no consta entre los eruditos si antes del diluvio se conoció ni en qué forma, si era alfabética ó jeroglífica. Aunque es admirable la sabiduría de los antiguos en muchas cosas, existe una absoluta ignorancia acerca de la época de la invención de la escritura, de su autor y del lugar donde existió primero: la tradición vulgar de los pueblos, que todos repiten los orígenes divinos de la escritura, su uso antes de los tiempos históricos, sin que jamás se encuentre una palabra acerca de su primera invención, y siempre se la suponga como ya conocida, la admirable afinidad de las antiguas tradiciones, que procediendo de una misma fuente fueron conservadas quizá en monumentos escritos, principalmente jeroglíficos, la afinidad misma de los alfabetos (1); todas estas cosas y otras á este tenor, casi demuestran que la escritura ya fué conocida antes del diluvio.

Casi la misma divergencia de opiniones existe acerca del origen de los alfabetos, que siendo ciertamente muchos en número, y también diversas las familias de idiomas, guardan, sin embargo, una admirable afinidad, y por esto todos recibieron su origen de uno primero, ó quizá de una escritura jeroglífica. Nos parece más probable la opinión de los que piensan que la escritura jeroglífica existió antes del diluvio, conservada todavía primero por los egipcios y caldeos, después por los chinos, y de la cual nacieron los caracteres fonéticos, y finalmente la verdadera escritura alfabética.

Lo que se dice vulgarmente de Cadmo no se refiere á la invención de la escritura, ni es probable que se inventase primero en la Fenicia, cuando otros pueblos antiquísimos dejaron muchos monumentos y libros, mientras que quedan muy pocos en lengua fenicia.

Es probable para nosotros que la escritura fué conocida en tiempo del mismo Abraham y de su posteridad (2); era ya vulgar entre los mismos hebreos desde su salida de Egipto, como consta de la ley escrita en piedras, del mandato de escribir muchas cosas, y de tenerlas siempre ante la vista y enrolladas á las manos (lo cual entendieron después muchos judíos al pié de la letra), de la ley acerca del li-

(1) *Anales Phil. Christ.*
(2) Gen., XXIII, 17; XXXVIII, 18; 25.



belo de repudio, del nunca interrumpido uso de los libros después de Moisés, y finalmente, de las inscripciones *sinaiticas*, como llaman á las que se encuentran en aquellos lugares, en que los hebreos habitaron cuando eran nómadas (cuando andaban errantes), y más probablemente se atribuyen á los mismos sitios que, según las objeciones contrarias, no muestren una cosa inverosímil, y mucho menos imposible; todas estas cosas demuestran plenamente que el arte de escribir y leer fué siempre, no sólo conocido, sino vulgar en el pueblo hebreo; que en los tiempos posteriores fué más y más cultivado, de modo que ningún pueblo contemporáneo superó al hebreo en esto.

Escribían principalmente en estos remotísimos tiempos: 1.º, en las cortezas de los árboles, de donde viene la palabra *biblos*, libro; 2.º, en tablas de madera ó en piedras (como las tablas del Decálogo), ó en plomos ó en cobres (1); 3.º, en lienzos (como es frecuente en las momias de los egipcios); 4.º, en planchas de papiro (preparadas de ciertas cañas á modo de juncos del Egipto); 5.º, en pieles de animales, preparadas con mayor ó menor arte, de donde después vino el *pergamino*, llamado así por la ciudad de Pérgamo, y también acostumbraron á llamarse carta *membranosa*; 6.º, en piedras y peñascos (2); 7.º, en ladrillos cocidos, como son las inscripciones de Persépolis, Borsippa, etc.; 8.º, finalmente en el mismo suelo, principalmente en la arena (3), como se dice vulgarmente de Arquimedes, y también hoy se conserva en la India para aprender las letras.

El instrumento empleado para escribir debió de ser muy diverso y apropiado á las diversas materias en que había de escribirse; se usaba el cálamo ó pluma (4), principalmente si se había de escribir en pieles, cuyo cálamo se preparaba con cierto cuchillo, casi del mismo modo que suele hacerse hoy entre nosotros cuando escribimos con pluma de ave (este instrumento se llamaba *hoja de escribano*, *cortaplumas*) (5).

Consta también que los hebreos usaron la tinta (6), principalmente si se atiende á la interpretación tradicional de los judíos, según los cuales debían rotarse con tinta aquellos escritos malditos por el sacerdote contra la mujer sospechosa de adulterio, los cuales debían borrarse con aguas amarguisimas, así como también el libelo de repudio; por esto los rabinos enseñan el modo cómo debe prepararse la tinta para que se guarde el rito debido. Llamábase *altramentum* (7), tintero, el vaso que contenía la tinta, y este, con el cálamo y el cortaplumas, lo llevaban los escribas pendiente de la cintura. Cuando había que escribir mucho, es indudable que usarian de telas de lino ó algodón, ó más bien de pieles de ani-

(1) Job., XIX, 24; 1. Mach., VIII, 22.
(2) Ex., XXIV, 12; Deut., XXVII, 4; Jos., VIII, 30, etc.
(3) Joan., VIII, 6, s.
(4) Job., XIX, 24; Ps., XLIV, 2.
(5) Jer., XXXVI, 23.
(6) Num., V, 23.
(7) Jer., XXXVI, 18.

males, plegadas al rededor de una varilla de madera, en forma de rollo, y finalmente, atados con cuerdas para su mejor conservación y reserva; y así también se conservan hoy, poco más ó menos, los volúmenes del Antiguo Testamento, que se usan en las sinagogas.

Tanto los libros como las cartas, se designan en hebreo con una sola palabra, y con ella misma también se indica cualquiera escrito, y generalmente la escritura y el arte de escribir (1); de aquí el que á la ley mosaica se la llamaba por antonomasia *el libro ó el libro de la alianza*, y poéticamente *el tomo de la ley*; no se hace mención de las cartas sino más adelante (2), sin aquellas formas larguissimas de salutations que solían emplear los orientales, así como las invocaciones puestas al final (3). Los Apóstoles substituyeron, no sólo las inscripciones, si que también las invocaciones finales por las fórmulas usadas entre los griegos y los romanos, y significando caridad, amor y gracia, por ejemplo: las Epístolas de San Pablo á los romanos (4) y á los corintios (5).

De todo lo que ya llevamos dicho, y también de las infinitas alusiones que ocurren en los Sagrados Libros á los *libros lectura*, y de la *cesion de ellos*, ya por los particulares, ya por los profetas, sacerdotes y reyes, principalmente acerca del Deuteronomio, y también de la costumbre de conservar la memoria de los acontecimientos nacionales en los archivos públicos, á los cuales se alude á cada paso en los libros de los Reyes y en el Paralipómeneo, es claro y evidente deducir que fué bastante común y vulgar el arte de leer y escribir, y por lo tanto de la lengua hebrea, y también de su cultura literaria y extendido su conocimiento en el pueblo; además, tal es el lujo de las palabras y el uso frecuente de las más delicadas de la lengua que aparecen en los libros poéticos, especialmente en los de los profetas, que no es aventurado el deducir que los hebreos estuvieron acostumbrados á gustar y deleitarse á cada paso en ellas, lo que puede también inferirse por la analogía con el pueblo árabe.

No debe entenderse que esta lengua, que se emplea en la Biblia, fué la usada así vulgarmente, de modo que no tuvieron ningunas otras locuciones y otras muchas palabras, singularmente siendo la lengua escrita muy pobre en vocablos, y sus raíces apenas llegan á dos mil, mientras que la lengua arábica, semejante á ella, contiene más de sesenta mil vocablos en sus diccionarios; sólo conserva la lengua arábica vulgar una pequeña parte de ellos. De la misma lengua pudiera también constar, aunque no fuese por otro medio, el carácter del pueblo campestre, habituado á cuidar los ganados y al cultivo de la tierra, y por esto mismo dedicado á contemplar la naturaleza y sus fenómenos; mientras que abundan poco los vocablos propios de las especulaciones espiri-

(1) Is., XXIX, 11, 12; Job., XXXI, 35; 2. Reg., XI, 14; 4. Reg., X, 1; Ex., XVII, 14.
(2) 2. Reg., XI, 14.
(3) Esdr., IV, 17; V, 7.
(4) 1, 1, 7.
(5) 1, 1, 3.



tuales y filosóficas, más y más signifique en ella la belleza natural y la pureza nativa, á la cual obedecen las artificiosas combinaciones y todo lo que entre los griegos y romanos y los modernos pueblos es de una belleza convencional. Seguramente que la belleza solamente de la forma no se encuentra en ninguna parte en la lengua y literatura hebrea, pero sí unida con la sublimidad, verdad y profundidad de la cosa pintada ó descrita, con los afectos verdaderos y profundos del ánimo, con el amor patrio y religioso. Este carácter, esencialmente de naturaleza ó naturalístico, si así podemos llamarle, constituye el carácter de la lengua y del pueblo hebreo, el defecto de las letras vocales, los verbos hebreos conteniendo solamente dos tiempos, la escasez de adjetivos, la fácil permutación de las letras, principalmente de las guturales, que son muy abundantes; además las pocas partículas que contiene, y por consiguiente tienen muchos significados; la afinidad del idioma con el arameo y el arábigo, que ciertamente eran muy conocidos de los primeros hebreos (1); el fácil uso, por tanto, de estos idiomas vecinos, según los eruditos, que, ó por necesidad ó voluntariamente podían añadir vocablos y formas extrañas; todas estas cosas y otras muchas semejantes explican las dificultades y anomalías que ocurren en la Biblia y molestan á los que ignoran estas cosas, singularmente si precede una mala voluntad de impugnar la Sagrada Biblia ó mostrarse de ella. Dejaremos de tratar de esta materia, más propia de las instituciones gramaticales, y sólo diremos algo de los idiotismos griegos. De lo dicho basta para probar que las razones lingüísticas no siempre son demostrativas en la crítica, aunque no sean de poco peso y tengan verdadero fundamento en la diversidad del idioma, más puro antes de la cautividad de Babilonia y lleno de muchos aramaismos hacia los tiempos de la misma cautividad, y después, cuando la lengua hebrea dejó de ser vulgar; no es, sin embargo, tan claro y evidente para que, apoyado en este único argumento, pueda cualquiera deducir nada acerca de la edad de algún libro, su autor y otras cosas á este tenor, contra la historia vulgar y la manifiesta y constante tradición de los judíos y cristianos (2).

Es inconveniente é impropio determinar, según las reglas clásicas, los géneros literarios que aparecen en la Biblia y que ciertamente no aminoran la sublimidad y excelencia de los Sagrados Libros, del mismo modo que si alguno quisiera sujetar á las reglas de la arquitectura griega y á la retórica de Aristóteles ó de Quintiliano las pagodas de los indios y sus grandes poemas, ó las catedrales góticas y las bellísimas leyendas de los antiguos medos.

En estas materias no debe emplearse la retórica para juzgarlas, sino más bien de la estética más profunda y verdadera, la cual no coloca la verdadera belleza solamente en la forma, sino que la busca en el conjunto del

(1) 4. Reg. XVIII, 26.

(2) Lect. V, núm. 691, y acerca de la lengua del Nuevo Testamento, id. núm. 692.

asunto, del autor, del libro, del pueblo á quien está destinado, de la civilización por la que fué inspirado; enseña la forma que debe ser acomodada á todas estas, no de otra manera. Transcribimos á continuación, por cuanto se refiere á este asunto y le da mayor solidez, el concepto del célebre orientalista Jones: la Biblia de los hebreos, contiene «más elocuencia, verdades históricas, doctrina moral, riquezas poéticas, más bellezas de todo género que todo lo que puede deducirse de todos los libros confeccionados por todos los pueblos y en todos los siglos.» Todo libro, cualquiera que sea su clase, de la literatura hebrea tiene este carácter peculiar; á saber, que en ninguna parte seguramente se ejecuta por mero deleite ó como simple ejercicio literario; nunca se halagan las malas pasiones de los hombres, en ningún punto se refieren los crímenes y los hechos depravados sin condenarlos; pero se detiene muy principalmente en las cosas que se refieren á la religión y á la patria y en todas partes excita al bien y aparta del mal; por estos motivos habían podido ser eficaces y oportunos, atendidas las circunstancias de la época y del pueblo. Dicho esto, se deduce ya que no ha de buscarse en la Biblia cierto género especial literario acomodado á los diversos géneros clásicos, aunque por cierta semejanza pudiera designarse con algunos de estos. Porque las historias del pueblo hebreo que se refieren en la Biblia, y aun de todo el género humano, van mezcladas con las instituciones religiosas, políticas y domésticas, colocadas en los cánticos ó en la más bella poesía, juntamente con la más simple narración de un acontecimiento quizás doméstico en las descripciones de los lugares y de las costumbres, hechas sin ningún arte, y de tal modo llenos de verdad, valentía y vigor, que arrebatan al lector y se considera transportado á aquella edad y colocado en medio de aquellos hombres y le obligan á ver todas las cosas con sus propios ojos y oír las con sus propios oídos. Tiene idiotismos con los cuales no puede compararse ningún otro de toda la literatura, ya describiendo con los más vivos colores los más íntimos afectos del corazón, como el *Cantar de los Cantares*, ya exponiendo la historia tiernísima, sincera y por todas partes bellísima, de una mujer del pueblo, como Ruth. Tiene poemas históricos-didácticos y filosóficos, como Job, los Proverbios, etc.; líricos, como los salmos y los cánticos, que exceden á todos en inspiración religiosa y muchas veces patriótica; finalmente, es peculiar el género profético, que sólo se encuentra en un solo libro, cuya belleza y sublimidad son perfectas, y no deja aun hoy de inspirar á los oradores y á los poetas cristianos vehementísimos afectos, expresiones magníficas y el arte más profundo de mover los corazones de los hombres.

FORMA EXTERNA DE LA POESÍA HEBREA: DESCRIPCIÓN HISTÓRICA DE LA MISMA.—Por lo que respecta á la forma externa de la poesía hebrea, no consta de versos completos con cierto número de pies y dispuestos con cierto orden, como sucede con la poesía griega y latina, ni tampoco de cierto número de sílabas y con



igual ó parecido sonido en el vocablo final (consonante ó asonante), como en la española; la disposición peculiar de los conceptos es tal, que no los retrata en una sola proposición, sino en varios fragmentos de la misma, en sentido y forma de mútua respuesta, y constituyendo el verso como si fuera un fragmento de una composición poética. Así el pensamiento *estoy oprimido por muchas calamidades*, se expresa tres veces de este modo (1):

Esta disposición de los conceptos, sucediéndose en este orden, se llama *paralelismo*, que no siempre es perfecto, sino que a guisa vez se desprecia, y la expresión poética se aproxima á la prosa. El *paralelismo* puede ser *sinónimo*, como *litan*, si cae la uno de los fragmentos del mismo concepto significan casi lo mismo, como en el lugar citado y en muchísimos más, v. g., ps. CXIII, 1-8; *antitélico* si representan lo contrario, v. g., (2); (3) *analítico*, cuando se explica el concepto por la enumeración de las partes, v. g., (4); *sinlélico*, cuando se completa el pensamiento en el segundo fragmento ó da la razón de él, v. g., (5); *comparativo* si se explica el concepto por medio de una comparación, v. g., (6); (7). Por lo demás, no siempre los fragmentos poéticos de algún concepto se corresponden inmediatamente, sino que alguna vez alternan el primero con el tercero y el segundo con el cuarto (8), ó de los cinco miembros de que conste, los dos primeros son paralelos con los dos últimos y el del medio es desigual (9), ó los cuatro primeros se corresponden y el quinto es desigual (10); de donde se dan clases de estrofas de 3-7 miembros, que también algunas veces principian y concluyen con una sentencia proverbial (11); también se encuentra en estas estrofas cierto ritmo ó cadencia semejante (12); alguna vez también buscaban la paronomasia y el lujo de las palabras, que no suelen atormentar igualmente á los intérpretes (13) (a).

Muchísimas veces se da el *paralelismo sintético* que mantiene en la sucesión de los períodos la analogía y la forma de la construcción que guardan los vocablos, no en la cosa significada: esto es más común en los profetas, y de este modo los períodos son breves y rápidos en el estilo más sublime, largos y lángui-

(1) Ps., LXIV, 3, 4.

(2) Is., XXXI, 3.

(3) Luc., I, 52, 53.

(4) Eccl., XLV, 6; ps. LXXIII, 12, 17.

(5) Ps., L, 1, 9; III, 6.

(6) Prov., X, 26.

(7) Deut., XXXII, 2.

(8) Ps., XXXII, 13, 14.

(9) Is., XXXI, 4.

(10) Prov., XXX, 4; Cant. III, 10; Ps. X, 4, etc.

(11) Ps., XLI, 6, 12; Is. IX, 12, 17, 21.

(12) Jud., XIV, 18; Is. XXVI, 20, 21; XL, 24; Zach. XI, 1.

(13) Is., XXVIII, 10, 13.

(a) El difícil pasaje de Jud., v. 2, se explicará quizá por este lujo de palabras.

Apenas también se encuentran dos intérpretes del texto hebreo que convengan en la determinación de su sentido. Pero, si se atiende á la victoria de que habla el texto y que fué un suceso extraordinario por la

dos donde el estilo de los profetas tiene sabor prosáico. Finalmente, la poesía hebrea, como las demás, se diferencia de la prosa así por los conceptos llenos de vida y energía, por la alegre expresión de ellos, la elección de palabras, el uso de arcaísmos, las imágenes más atrevidas y las figuras de dición y otras á este tenor, que distinguen enteramente los libros poéticos de los históricos, aunque la variedad y libertad con que usaban los hebreos de todas estas, permitiría una más fácil transición de la prosa á la poesía; de donde los mismos historiadores suelen emplear fácilmente el estilo poético, cuando al narrar los sucesos ratiocinan y hacen consideraciones por su propio ingenio sugeridas.

De esta índole de la poesía hebrea, consistente en la expresión de los más vivos é íntimos afectos del corazón, más que en la artificiosa colocación de las palabras, fácilmente se desprende que también pudo ser cultivada muy bien por los hombres más antiguos, como efectivamente se hizo. Se encuentra ya un fragmento poético antes del diluvio en las palabras de Lamech á sus mujeres (1); después en la maldición de Can por su padre Noé (2), en el lenguaje que Isaac y Jacob emplearon al presagiar á sus hijos los acontecimientos felices (3). Después Moisés compuso bellísimos y sublimes versos, Balaam predijo el porvenir, Débora celebró la victoria, Joathan inventó el primer apólogo que aun hoy se conozca (4), Sanson propuso enigmas (5) y cantó su victoria en un epigrama (6), la madre de Samuel dijo un cántico (7). David elevó la poesía lírica en todos sus grados al grado más sublime, á quien después Salomón y otros muchos imitaron y cultivaron otros géneros poéticos, principalmente el didáctico y el profético, y por último, el elegiaco, cultivado por Jeremías singularmente en las lamentaciones.

Ciencias históricas, matemáticas y cosmo-gráficas.

Las páginas de la Sagrada Biblia, que en su mayor parte son historias, nos demuestra que los hebreos cultivaron las ciencias históricas; y ciertamente que la historia universal de

principal intervención de las mujeres, se encuentra, á la vez que una agradable paronomasia, la alusión al extraordinario suceso y poética descripción de Débora y de Jael, las cuales se describen con los cabellos entregados al viento en la batalla contra los enemigos de Israel. Podemos, pues, interpretar: *In solvendo comas in Israel, in populo sponte sequendo* (ductrices feminas), *benedicite Dominum*. Load al Señor en el flotar de las cabelleras de Israel, en el seguimiento espontáneo del pueblo.

Otro pasaje semejante es el cántico de Sanson, en el que se celebra la victoria obtenida por este, de mil filisteos con una quijada de asno.

(1) Gen., IV, 23, 24.

(2) Id., IX, 25, 27.

(3) Id., XXVII, 27, 29, 39, 40 y todo el capítulo 49.

(4) Jud., IX, 7, 20.

(5) Id., XIV, 14.

(6) Id., XV, 16.

(7) 1. Reg. II, 1, 10.